

mueve pasión de su honra, sino celo de la de Dios. Porque al siervo del Señor, como dice el Apóstol ¹, «no le está bien pendenciar con nadie, sino ser manso para con todos; no duro ni porfiado, sino sufrido y que con modestia reprenda á los que resisten á la verdad.» En lo demás abra los senos de su corazón para abrazar su propio desprecio y humillación, siquiera venga encaminada por medio de sus superiores, que le ponen en las ocupaciones y oficios humildes, y le desvian de los que tienen en los ojos de los hombres más resplandor, siquiera venga de sus enemigos, que con mala voluntad y contra justicia le deshonran; porque todo lo ha de recibir como de mano de Dios, que por estos medios despierta su espíritu para que se recoja dentro de sí mismo, y ponga toda su intención en agradarle á él, y parecer bien en sus ojos. No dé lugar á ninguna culpa, aunque sea venial, por defender la honra; y si se afirma en esta determinación tan necesaria, vendrá no sólo á despreciar la honra, sino á aborrecerla por los peligros en que se verá cada día de caer en algunas culpas por causa de ella. Y la experiencia le enseñará que para conservar limpia la conciencia, le será más fácil sufrir la deshonra, que no estorbarla antes que venga, ó descargarse de ella después de haber venido. Para que este ejercicio de humildad sea firme, ha de tener las raíces en lo más secreto y profundo del corazón con un desengaño cierto y claro de que es merecedor por sus pecados de toda confusión y desprecio. Y que el padecerlo á imitación y semejanza de Jesucristo, es honra mucho mayor de la que merece; y si Dios le hace tanto gracia de levantarle á la unión estrecha consigo, se hallará tan engolfado en el

¹ II Tim. II, 24, 25.

piélago infinito de la divinidad, que se pierda de vista á sí mismo; y estará tan fuera de sí y tan dentro de Dios, que no sentirá ni advertirá en sus propias injurias, como sea honrado y glorificado Dios. En todas sus palabras y obras se trate de manera, como quien está olvidado de sí y desea que los otros se olviden de él: no busque ocasiones de lucir, sino de esconderse; y si quiere ejercitarse provechosamente, desee que no le conozcan, y que le estimen en nada; y saldrá más presto con esta pretensión, que con la contraria; y experimentará estando vivo, cuán presto será olvidado después de muerto. Porque el día que no mirare por sí, los hombres se descargarán de buena gana de este cuidado de cumplir con él; y como dice el Profeta, será olvidado de corazón, como son olvidados los muertos.

CAPÍTULO XXIII.

QUE ESTE EJERCICIO DE HUMILDAD ES PARTICULARMENTE
NECESARIO Á LOS MINISTROS DEL EVANGELIO.

ESTE ejercicio que habemos resumido, es el tercer paso de la vía iluminativa, sin el cual no pueden los proficientes aprovechar en las virtudes, ni gozar de la paz y unión con Dios. Lo cual afirma claramente *Contemptus mundi*, cuando dice ¹: «Y si no me aparejo á tanto que

¹ Contempt. mund. l. III, c. 41.

huelgue muy de gana ser de cualquiera criatura despreciado y desamparado, y tenido por nada, no puedo ser pacificado y confirmado en lo interior, ni alumbrado espiritualmente, ni unido á tí perfectamente.» Porque ¿cómo puede tener paz y firmeza el que no tiene cosa firme sobre que estribar dentro de sí, y está pendiente de los juicios ajenos? Los cuales entonces se desprecian de verdad, cuando uno ha llegado á conocer su nada. Y aunque es verdad que este ejercicio es necesario para todos los que siguen la perfeccion; pero sin comparacion mucho más á todos los ministros del Evangelio, que no pueden tener libertad para predicar la verdad, si son esclavos de su honra. Porque el deseo de agradar á los hombres y el temor de desagradarlos, los desmaya y enflaquece y hace perder la habla cuando era más necesario el hablar, segun que está escrito ¹: «Dios quebrantará los huesos de los que tratan de dar gusto á los hombres.» Porque éstos como malos cocineros por dar gusto á gustos tan estragados adulteran la verdad y la guisan, y confeccionan con tantas mentiras, que viene á perder su natural fuerza y sabor; y no predicán la palabra que Dios les ha encomendado, sino la que ellos han forjado en su cabeza. Porque muy cierto es lo que dijo nuestro Salvador ²: «El que habla de su cabeza busca su propia honra y gloria.» Y por consiguiente, tambien el que busca su honra habla de su cabeza; pero el que busca la gloria del que le envió, y no la suya, éste dice la verdad como se la encomendaron, y no se halla en él injusticia ni maldad. Y por esta causa nuestro santo Padre y fundador, se puso en tanto cuidado que los de su Compañía entrasen pisando por la honra, y se funda-

¹ Psalm. LII, 6. — ² Joann. VII, 18.

sen en el desprecio de sí mismos; porque fuesen verdaderos ministros de Dios ¹, *in verbo veritatis, in virtute Dei*, con palabras de verdad y con esfuerzo y valentía de Dios; que no puede ser de otro la que es menester para darle á la verdad toda su fuerza y no hacer cobarde esta espada espiritual, que es la palabra de Dios. Este valor prometió Dios al profeta Ezequiel cuando le enviaba á predicar al pueblo de Israel ²: «Esta gente, dice Dios, es gente dura y tiene callos en la frente; no temas de entrar en pelea con ellos, que yo te armaré con un rostro más valiente que su rostro de ellos, y con una frente más dura que su frente de ellos.» Como diamante y como pedernal pondré tu rostro, no tengas miedo, que con mi ayuda y favor te hallarás otro del que eres. Como si dijera: Ellos tienen la frente dura para no tener vergüenza de oír sus culpas; yo te la daré á tí más dura, para que no la tengas de oír sus injurias. Ellos fian de su obstinacion para creer que te han de derribar si te encuentras con ellos; no los temas, que yo te he dado la frente como un diamante para que caigan y se quiebren la cabeza si se encuentran contigo. Ellos han de pelear contra tí con quejas, murmuraciones, injurias, afrentas y falsos testimonios; yo te daré rostro como un pedernal para que te rías de ellos, y tanta fuerza en la palabra que los quebrantes y rindas. Porque ellos pelearán contra tí con las armas flacas de la mentira, y tú has de pelear contra ellos con las armas poderosas de la verdad.

Y pues Dios promete de dar este favor á sus ministros, es ahora de ver en qué forma ó en qué manera los hace de hierro, de diamante ó de pedernal; y no hay

¹ II Cor. VI, 7. — ² Ezech. II, 4.

otra forma sino quitándoles el amor y el deseo de todas las cosas, y especialmente de la honra mundana. Porque como todos los golpes que pueden dar los hombres es en estos bienes, quien los desprecia y trae debajo los piés, está como insensible y encantado, y como hecho de hierro y de diamantes para no sentir estas heridas. Y por eso notó muy bien san Juan Crisóstomo, que antes que el Salvador les declarase á sus discípulos las persecuciones que habian de padecer, los habia prevenido con el desprecio de todas las cosas. Despues que el Señor, dice, habia desterrado toda la solicitud de las cosas presentes del corazon de sus discípulos; despues que los habia armado y fortalecido con la muestra de tantos y tan insignes milagros; despues que ajenos de los negocios seculares, y libres de los cuidados de lo temporal, los habia hecho como de hierro y de diamante, entonces les dice claramente las adversidades y persecuciones que habian de padecer. Y así es verdaderamente, que no podian vestirse con armas defensivas más fuertes é impenetrables contra toda la artillería del mundo, como son el desprecio de todos los bienes y males del mundo. Con estas armas de justicia, como dice el Apóstol ¹, pasa uno seguro entre tantos enemigos, sin recibir herida á una mano y á otra; tan alegre en la deshonra como en la honra, tan contento en la infamia como en la buena fama, tan alentado cuando le tienen por mentiroso y engañador, como cuando por verdadero: antes más alegre en la deshonra que en la honra, y más contento en la mala fama que en la buena; porque gloriarse en las infamias y en las deshonras, es gloriarse en la cruz de Jesucristo. Y así como Cristo nuestro Se-

¹ II Cor. VI, 7, 8.

ñor alcanzó grande gloria por medio de su cruz, porque cuando sus enemigos pensaban que habian triunfado de él, triunfó él gloriosamente de ellos; así tambien se debe gloriarse el cristiano en sus injurias y afrentas, porque por medio de ellas afrenta él al mundo, así como el mundo le afrenta á él. Porque ¿qué otra cosa es llevar con paciencia y con alegría las deshonras, sino hacer burla del mundo y de las armas con que pelea? Porque si el mundo me pisa á mí, yo le piso á él y le traigo debajo de los piés; si el mundo me desprecia á mí, yo tambien le desprecio á él. Si el mundo no hace caso de mí, tampoco yo hago caso de él. Si el mundo me tiene crucificado á mí, yo tambien le tengo crucificado á él. Y por eso lejos sea de mí gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo ¹, por el cual el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para él.

Mas porque no todos llegan á este estado de perfeccion de gloriarse en la cruz de Jesucristo, y desear injurias, afrentas y falsos testimonios, por lo menos ninguno debe dejarse llevar del afecto contrario ²: *Como los mundanos que siguen al mundo, que aman y buscan con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña.* En lo cual yerran algunos gravísimamente, porque profesando la perfeccion evangélica, y tratando de ella, así pelean por la honra y trabajan por fundar esto en espíritu y en buena razon, como si no estuviera todo el Evangelio en contrario. Estos tales ya que no sienten aquellos deseos de las deshonras, por lo menos reconozcan su imperfeccion, y deseen siquiera tenerlos; y ya que ellos no se ayudan, deseen ser ayudados de otros, y persuádanse que si no

¹ Galat. VI, 14. — ² Exam., c. 4, § 44.

rompen esta dificultad, nunca llegarán al aprovechamiento que pretenden. Y este tercer paso de la via iluminativa, por lo menos ha de llegar á este punto de desear estos deseos; lo cual no será fuera de propósito decirlo con las palabras tan fervorosas y encendidas de nuestro santo Padre, con que en el capítulo cuarto del exámen declaró el espíritu que deseaba en esta parte en los hijos de la Compañía. Porque habiendo dicho las palabras que arriba referimos de los deseos de padecer injurias, falsos testimonios y ser tenidos por locos, añadió: *Por tanto sea interrogado si se halla en los tales deseos, tanto saludables y fructiferos para la perfeccion de su ánima. Donde por la nuestra flaqueza humana y propia miseria no se hallase en los tales deseos, así encendidos en el Señor nuestro, sea demandado si se halla con deseos algunos de hallarse en ellos; si respondiere afirmativé, deseando hallarse en los tales deseos, y tan santos, para mejor venir al efecto de ellos, sea interrogado si se halla determinado y aparejado para admitir y sufrir con paciencia mediante la divina gracia cuando quiera que las tales injurias, ilusiones y oprobios incluso en la tal librea de Cristo nuestro Señor, y cualesquier otros se le hiciesen, ahora sea por quien quiera dentro de la Casa ó Compañía (donde pretende obedecer humillarse y ganar la vida eterna), ahora sea fuera de ella por cualesquiera personas de esta vida, no dando á ninguno mal por mal, mas bien por mal. Para mejor venir á este tal grado de perfeccion tan precioso en la vida espiritual, su mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor nuestro su mayor abnegacion y continua mortificacion en todas cosas posibles, y el nuestro ayudarle en ellas cuanto el Señor nuestro nos administrare su gracia, para mayor alabanza y gloria suya.*

¹ Exam., c. 4, § 44, 45 y 46.

Todas estas son palabras de nuestro santo Padre, por las cuales bien se ve el espíritu en que está fundada la Compañía.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA TERCERA DIFICULTAD DE LOS PROFICIENTES, Y QUE EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES HA DE EMPEZAR POR LA POBREZA Y POR LA HUMILDAD.

ENTRE otras dificultades que dijimos arriba que habia en esta segunda jornada de la via iluminativa, la primera, era la muchedumbre de virtudes que se habian de adquirir; y para esto ayudaba el primer propósito de cumplir las inspiraciones divinas, y de imitar á Cristo nuestro Señor. La segunda, era distinguir las virtudes verdaderas y sólidas, de las falsas y aparentes; y para esto la mejor regla era el segundo propósito de poner todo nuestro afecto en la cruz de Jesucristo, esto es, en su pobreza y humildad. La tercera dificultad era, reconocidas las verdaderas virtudes, que son las que se desvian del amor de la riqueza y honra mundana, y están purificadas y acrisoladas con el amor de la pobreza y humillacion, saber qué orden hemos de tener en el ejercicio de estas virtudes, esto es, por cuáles hemos de empezar, proseguir y acabar para no confundirnos y embarazarnos, atendiendo juntamente á todas. A esto se responde, que hemos de empezar por estas mismas